

El cronista faltaría a la verdad si dejara de confesar su derrota, aunque al confesarla tenga que sacrificar todo el caudal de amor propio que siempre puso en sus lides amoratorias; pero este día y al lado de tal hombre—¿qué las das Garcilaso?—su eclipse fué total, sin que le valieran de nada su apolínea figura y su abundante y lustrosa cabellera, que fué siempre el encanto de las damas. Como consecuencia juré no salir junto con Garcilaso a sitios o lugares en que haya damas que conquistar.

Poco a poco, las nubes habíanse ido difuminando, sin darle importancia a Garcilaso ni al cronista, y acabaron por dejar presumir que la tarde sería digna de una triunfal apoteosis de la fiestas carnavalescas.

Máscaras, muchas máscaras, si bien los disfraces carecieron de originalidad y gusto artístico, fué la nota de esta mañana de la Piñata.

Por la tarde

Cuando llegamos a la avenida del Pintor Mendoza, enorme gentío llenaba las amplias aceras y el espacioso andén central, y una larga fila de coches y automóviles se deslizaba por las calzadas laterales, mostrando la sana alegría y el afán de divertirse de los ocupantes de todos los vehículos allí congregados.

La animación era extraordinaria, parecía como si la gente hubiera reaccionado del marasmo en que estuvo sumida los tres días de Carnaval.

También vimos mayor cantidad de máscaras que el martes. Y pudimos apreciar un mayor derroche de confetti y serpentinas y demás armas arrojadizas, propias de las carnavalescas lides.

Para ahorrarnos trabajo y espacio (y en atención a que ya en nuestro número extraordinario de Carnaval publicamos una completa y extensa información de los coches y automóviles que con su presencia habían animado la tarde del tercer día) citaremos en esta crónica sólo aquellos carruajes que no fueron reseñados, y los que siéndolo, bien por su adorno exterior o la variedad del disfraz de sus ocupantes, merecieran de nuevo ser citados.

Entre los que por vez primera se presentaron en estas fiestas estaban:

Coche de don Pedro Sanz, en que iban éste y señora y un lindo monaguillo que era su nietecito.

Auto de don Ramón Alonso, portador de la clásica belleza y de la nativa distinción de las señoritas de Laguna (Caridad y Gracia); y de Muela (Pilar y María).

Jardinera, ocupada por las bellísimas, atrayentes y encantadoras, Manolita Fernández; Pepita Molero; y Palmira, Victoria y Pepita Fernández.

Automóvil, que mostraba en su interior la gracia y hermosura